

guardia, que era una estancia estrecha y baja de techo, cuyas tinieblas disipaba á duras penas la débil luz de una linterna. Mudóse al poco rato el centinela que prestaba servicio junto á la puerta del palacio, á unos veinte ó treinta pasos del cuerpo de guardia, fué la tropa que acababa de ser relevada, y los recién llegados ocupáronse en poner las mochilas sobre el tablado, y en colgar las botas y los morrales de los ganchos puestos en la pared.

El populacho que había seguido á la patrulla se detuvo á unos cincuenta pasos del cuerpo de guardia, y desde allí con gestos, ademanes y palabras soeces provocaba á los soldados, que aparentaban no ver ni oír cosa alguna. Convencidos aquéllos de que no había medio de suscitar el escándalo que se proponían, estaban ya á punto de alejarse, cuando uno de ellos observó que el soldado que estaba de centinela era precisamente el que le había dado un cachete al chicuelo. — ¿Estás seguro de que es él? — ¡Vaya si lo estoy! — ¿De veras? — Sí, hombre, sí, aquel bribón matachiquillos. — Pues ahora verás lo que te espera, pícaro esbirro.

Y se movieron todos hacia el centinela. Detuviéronse á unos treinta pasos, se separaron un tanto los unos de los otros, y comenzaron á mirarle en ademán de burla. El soldado permanecía de pie firme junto á la garita, inmóvil, rígido, levantada la cabeza y con los ojos clavados en aquellos rostros provocativos que se habían parado delante de él. De pronto salió del grupo un muchachón andrajoso, sucio, con el pelo echado sobre la oreja y una punta de cigarro entre los labios, que se aproximó con las manos en los bolsillos canturreando burlescamente, acabando por plantarse á unos quince pasos delante del centinela mirándole y cruzando los brazos con ademán insolente y provocativo.

El soldado le miró.

Entonces giró aquél sobre sus talones, volvióle la espalda, y prorrumpió en una insolente carcajada, á la cual hicieron

coro los demás, que le azuzaban para que hiciera una que fuese sonada.

El soldado sacudió dos ó tres veces la cabeza, apretó los labios y exhaló un suspiro, sacudiendo repetidamente el pie contra el suelo, cual si quisiera decir: — ¡Ah, la paciencia, la paciencia... es una carga pesada!

El zagalón se volvió otra vez, miró de nuevo al centinela con la mayor desvergüenza, y después de un momento de vacilación, quitóse de la boca la punta del cigarro y la arrojó á los pies de aquél, retrocediendo ocho ó diez pasos para ponerse á cubierto de un ataque imprevisto.

El soldado palideció y levantó los ojos al cielo apretando los puños y rechinando los dientes: comenzaba á ofuscársele la razón. — ¿Pero por qué me tratáis así? — decía después dolorosamente, hablando entre sí, volviendo los ojos y el rostro hacia aquellas gentes, cual si en efecto hablara con ellos. — ¿Qué tenéis que ver conmigo? ¿Por ventura os he hecho algo? No, lo que es yo, nada os he hecho. ¿Porque le he sacudido un pescozón á un muchacho? ¿Pero no ha sido él el que ha comenzado por insultarme? ¿Le había provocado yo? ¿Os había yo buscado el cuerpo á vosotros? ¿Qué me queréis? Á nadie he ofendido: ni siquiera os conozco. Yo no soy más que un pobre soldado que cumple con su obligación, y estoy aquí porque me lo han mandado. Sí, burlaos de mí, silbadme. Os honra mucho el tratar á vuestros soldados... cual si fueran bandidos.

En aquel preciso instante un troncho de col arrojado con gran fuerza rasando con el suelo, saltando y zumbando, fué á caer junto á sus pies. — ¡Dios de Dios! — murmuró con desesperado acento, cubriéndose el rostro con una de sus manos, é inclinando la frente sobre la otra que tenía apoyada sobre la boca del fusil. — ¡Yo pierdo la cabeza! ¡Yo no puedo resistir más! ¡Yo me pego un tiro!... Si de esta manera debemos comportarnos, es inútil, — añadió al cabo de breves

29459

momentos con voz ahogada y temblorosa, — sí, completamente inútil que nos galardonen con estas... — y dió una manotada á las dos medallas que honraban su pecho, las cuales, al chocar entre sí, produjeron un sonido argentino. — Es inútil que nos premien con medallas por haber defendido á la patria, si después pueden echarnos al rostro puntas de cigarro y tronchos de col. ¿Quisierais que abandonara mi puesto; que faltara á la consigna? ¡Miserables! Aun cuando fuerais cincuenta, cien, más aún, no lograríais que me apartara de aquí. Podéis echaros encima de mí todos á la vez, matarme como á un perro; mas no lograréis que falte á mi deber. Venid si queréis, villanos. No me insultéis de lejos. Sí, sí, lo comprendo, es inútil que me desafiéis; ya sé que guardáis las navajas en la faltriquera; pero os falta valor para clavármela en el pecho á la luz del día. Lo que es vosotros sólo sois capaces de clavarla por la espalda; á traición, de noche... cuando...

De pronto lanzó un grito agudo; dejó caer el fusil; se cubrió el rostro con las manos; vaciló un momento y cayó desplomado junto á la garita. Una piedra lanzada con mano certera y vigorosa le había alcanzado de lleno en mitad de la frente.

Acudieron todos los números de la guardia; la muchedumbre echó á correr; el herido fué trasladado al cuerpo de guardia con la cara y el pecho ensangrentados: laváronle la herida, vendáronle la cabeza, diéronle á beber un trago, y con las mantas de campaña le prepararon un lecho encima del tablado. En tanto que se le aproximan por todos lados, y le acosan á preguntas y le prodigan consuelos, el sargento lo reprende porque no ha reclamado auxilio desde el primer momento que con él se insolentó aquella turba. Penetra de repente en el cuerpo de guardia un oficial, y en pos de él las primeras filas de un pelotón de soldados, y al propio tiempo, arrojado hacia delante por medio de un vigoroso empe-



La vida militar.

UNA PEDRADA. — ¡Conque eres tú! ¡Te reconozco!

— sí, completamente inútil que nos galardonen con estas... — y dió una mirada á las dos medallas que honraban su pecho, las cuales, al chocar entre sí, produjeron un sonido argentino. — Es inútil que nos premien con medallas por haber defendido á la patria, si después pueden echarnos al rostro puntas de cigarro y tronchos de col. ¿Quisierais que abandonara mi puesto, que faltara á la consigna? ¡Miserables! Aun cuando fuerais cincuenta, cien, más aún, no lograríais que me apartara de aquí. Podéis echaros encima de mí todos á la vez, matarme como á un perro, mas no lograréis que falte á mi deber. Venid si queréis, villanos. No me insultéis de lejos. Si me lo comprendo, es inútil que me desafiéis; ya sé que guardáis las navajas en la faltriquera; pero os falta valor para clavármola en el pecho á la luz del día. Lo que es vosotros sólo sois capaces de clavarla por la espalda; á traición, de noche... zuzuda.

De pronto lanzó un grito agudo; dejó caer el fusil; se cubrió el rostro con las manos; vaciló un momento y cayó desplomado junto á la garita. Una piedra lanzada con mano cortera y vigorosa le había alcanzado de lleno en mitad de la frente.

Acudieron todos los números de la guardia; la muchedumbre echó á correr; el herido fué trasladado al cuerpo de guardia con la cara y el pecho ensangrentados: laváronle la herida, vendáronle la cabeza, diéronle á beber un trago, y con las mantas de campaña le prepararon un lecho encima del tablado. En tanto que se le aproximan por todos lados, y le hacen á preguntas y le prodigan consuelos, el sargento se apresura porque no ha reclamado auxilio desde el primer momento, que con él se insolentó aquella turba. Penetra de repente en el cuerpo de guardia un oficial, y en pos de él las primeras filas de un pelotón de soldados, y al propio tiempo, arrojado hacia delante por medio de un vigoroso empu-



La vida militar.

UNA PEDRADA. — ¡Conque eres tú! ¡Te reconozco!

llón, llega hasta mitad del aposento un hombre con el rostro descompuesto, el pelo caído y desgredado sobre la frente y el vestido hecho pedazos. Acababa de detenerlo en la plazuela un pelotón de soldados que pasaba por allí casualmente, y él había opuesto por su parte una resistencia desesperada.

Ver el soldado herido al prisionero y saltar de la cama fué una sola y misma cosa. De un salto se puso á su lado; encaróse con él resuelto y decidido; clavó en su rostro una mirada profunda y penetrante; lanzó un grito que salió ronco y cavernoso entre sus labios apretados; dió un paso hacia atrás, y apoyándose vigorosamente sobre el pie derecho y levantando la mano izquierda con el índice extendido sobre el rostro de aquel hombre que le miraba lleno de pavor, con voz que le heló á éste la sangre en sus venas, exclamó: — ¡Conque eres tú! ¡Te reconozco! Tú me has llamado esbirro en la calle y me has roto la cabeza en la plaza, de una pedrada. ¡Ahora me toca á mí! — Y así diciendo echóse encima; cogióle por el cuello de la chaqueta y por la camisa; arrimóle de un empujón á la pared; enarboló su puño nervioso y convulso, y tomó la puntería de la cabeza con ojo firme y decidido... Todo esto en un solo instante. Interpusiéronse los presentes; separáronlos: dos soldados cogieron por ambos brazos al herido; un cabo sostuvo al otro que estaba á punto de caerse, y los dos permanecieron de esta manera durante buen espacio mirándose mutuamente anhelantes y convulsos, lívido el uno de miedo, con los brazos caídos y baja la cabeza; el otro con el rostro levantado y lleno de fuego, cerrados los puños y presa el cuerpo de un temblor convulsivo.

Entretanto delante de la puerta del cuerpo de guardia se había reunido gran número de curiosos.

El oficial miró á ambos, y preguntó al sargento y al cabo la causa de lo que ocurría. Aquél contó lo que había podido averiguar.

Entonces el oficial se volvió al prisionero, que continuaba con la cabeza baja, y en medio del silencio más profundo, le dijo con voz severa y al par tranquila:

—Concibo que haya quien detrás de una barricada dispare, si á mano viene, contra un batallón, impulsado por un fin ó una esperanza, cualesquiera que sean; pero no se comprende que exista quien se goce en insultar cobardemente á un soldado inofensivo, que ni tiene la responsabilidad de sus actos, ni siquiera el derecho de defenderse; de manera que semejante acción constituye la mayor villanía que puede cometer un ciudadano.

La muchedumbre, que continuaba agrupada junto al cuerpo de guardia, dejó oír un murmullo de aprobación.

—Sacadlo de aquí en seguida, —añadió el oficial, encendiendo un cigarro en la llama de la linterna.

—En cuanto á tí, —continuó después volviéndose al soldado herido, en tanto que una patrulla llevaba el prisionero á la calle, — perdona... y olvida.

El soldado hizo una seña afirmativa.

—Y procura estar alegre, —concluyó aquél, poniéndole el cigarro en la boca.

—Lo que es yo... —repuso el soldado cortando con los dientes la perilla del cigarro, y ablandando el extremo entre los dedos, — siempre estoy alegre; pero el señor teniente comprenderá que hay cosas que cargan.

Y el drama concluyó con una carcajada.

LA MADRE

CUANDO el invierno va muriendo lentamente en brazos de la primavera, las tardecillas de aquellos hermosos días serenos, tranquilos, perfumados, en las cuales se abren por vez primera de par en par las puertas de ventanas y balcones, y se tienden para que se oreen los trajes de verano, y se llevan á las azoteas los tiestos y macetas de plantas y flores; en aquellas veladas en que luce el firmamento límpido, sereno, tachonado de astros rutilantes, hasta las ciudades, — que no todo ha de ser privilegio exclusivo de la eterna campiña de los poetas, — ofrecen un aspecto gentil y lleno de encantos y poesía. Discurriendo por las calles, acaricia de cuando en cuando el rostro un soplo de brisa tibia y cargada de deliciosos olores, ¿de qué? ¿de qué flores? ¿de cuáles hierbas? ¿quién es capaz de decirlo? Perfumes varios, indeterminados, desconocidos, impregnados de frescor, de vida, de juventud. Y aquel ambiente se respira con indecible voluptuosidad, abriendo la boca, dilatando el olfato, pues no parece sino que se refresquen la sangre y el alma. — ¡Qué ambiente más agradable! — exclamamos con frecuencia y casi involuntariamente; y sin darnos cuenta de ello, de una en otra esquina, de una calle en otra, nos encontramos fuera de la ciudad, y andando por las vías que rodean sus muros; y penetramos en los jardines, y nos descubrimos la